

# UN NUEVO BALLET.

Ginnevra D.



Image not found.

## Capítulo 1

### UN NUEVO BALLET.

El Theatre Royal, Long Acre, estaba abarrotado desde el piso hasta el techo. El éxito del nuevo gran ballet romántico "*L'Aérolithe*" (música del signor Strepito) era extraordinario. No era solo por el éxito de cartelera y publicidad, sino que incluso la tesorería del teatro, esa pequeña oficina debajo de la gran escalera, la única parte del gran edificio en el que la Verdad alguna vez construyó un nido permanente, admitieron allí, el gerente y su oficial confidencial que el *bally* era un triunfo legítimo, y de hecho no se podría objetar, en base a la inexactitud, al comentario constante de Grimshaw: "que estaba trayendo dinero a manos llenas". Ahora ordenaba "tragos para todos" con más persistencia que de costumbre; incesante en la pregunta liberal sobre si algún caballero deseaba algo para beber; y a la compañía se la regaló con una cena de champán, que no produjo en ninguno de ellos una enfermedad seria.

La escena del nuevo gran ballet romántico estaba situada, por supuesto, a orillas del Danubio. Los ballets invariablemente tienen lugar en las orillas del Danubio. El paisaje era del mejor estilo de Blister. Los espectadores no podían decidir si admiraban más "La Aldea de Ochsenkopf en Transilvania" (Blister); o "El Paso del Rothen-Thurm o Torre Roja, con vista a lo lejos del Convento de Kosia, en Valaquia" (Blister y Boker), Creo que estas dos escenas, en diferente situaciones, habrían cumplido su deber, con otros nombres, en la ópera de Tootle "*Estafetta*, o la Estrella de Estiria", (que solo se presentó seis noches durante una desafortunada temporada anterior), o la gran escena de "La Cumbre del Monte Pretroska a la luz de la luna, en medio de los Picos de las Montañas Cárpatas" (Blister). Pero tal vez esta última tenía el mayor número de admiradores; pocos podrían resistir el bello efecto de la luz en candilejas, la luna elevándose detrás de los picos, con nubes flotantes que pasaban sobre ella a oscurecerla de vez en cuando. Blister tenía una gran reputación por sus iluminaciones de luz de luna: a menudo era llamado al escenario para recibir las felicitaciones de la sala a causa de estas escenas. No necesito decir que Grimshaw aprovechaba la oportunidad para guiar a su artista y hacerle una reverencia, y apretarle la mano en medio de los aplausos más fuertes. —Muy bien—decía Grimshaw, mientras salía sonriendo—. Tenemos asegurados avisos de prensa de primera clase con esto. Dirán que los dos fuimos requeridos. ¡El *bally* es un éxito, se lo aseguro!

¿El lector desea saber de qué trataba el nuevo gran ballet romántico de "*L'Aérolithe*"?

Image not found.

*Oscar* (M. Anatole) con calzones de terciopelo azul, medias de seda a rayas, camisa blanca y un sombrero con cinta escarlata, un campesino del pueblo de Ochsenkopf, está comprometido con *Bianca* (Mademoiselle Blondette), hija de *Claude* (M. Renaud) un granjero, y *Claudine* (Mademoiselle Schmidt) su esposa. Las festividades de la boda están en curso de celebración. Se ejecutan muchas danzas campesinas (el violinista ciego de la aldea es una pequeña parte interpretada admirablemente por el veterano pantomimista Mr. W. H. Sims). Hay un *Pas Grottesque* por Michael, el idiota de la aldea (M. Pierre); un *Pas de Quatre Hongroise* por Mesdames Celine, Julie Brown y Estelle. *Pas Cracovienne* por

Mademoiselle Blondette (con encore); *Galop Styrien* por todo el *corps de ballet*. Luego, una procesión de monjes (en calicó lustroso oscuro) que cruzan la aldea llevando enormes cruces, y bendicen a los campesinos (en música lenta), arrodillándose reverentemente. Efecto de puesta de sol muy imponente. Se reanudan los festejos de la boda. La noche se acerca. Los aldeanos se preparan para partir a sus hogares después de una gran Mazurka de Transilvania con linternas de colores. ¡La tormenta! (La música del signor Strepito aquí se convierte en un personaje violentamente descriptivo). ¡Un rayo! ¡Consternación general! Aparición mística de *Fiametta*, la *Fille du Firmament* (Mademoiselle Stephanie Boisfleury, danzadora prima de los principales teatros de Europa, su décima aparición en Inglaterra); *Pas d'Orage*, mademoiselle Boisfleury; *Pas d'Electricité*, mademoiselle Boisfleury. ¡Oscar está carente de razón! *Pas Insensé*, M. Anatole. Él abandona a su novia, a sus padres, a su aldea, para seguir a *Fiametta*. La siguiente es una escena de "carpintero", la cabaña de Bianca. Desesperación de Bianca ante la partida de Oscar, algunos asuntos cómicos por Michael, el idiota y el violinista ciego. Ira de Claude y Claudine. Resuelven que Bianca se casará con el rico granjero Obol (M. Raphael). La escena cambia al Paso del Rothen-Thurm. *Grand Pas de Désir*, Mademoiselle Boisfleury y M. Anatole. *Grand Valse*, La Tentation; *Pas d'Amour*, mademoiselle Boisfleury y M. Anatole.

Fiametta es un aerolito, su madre es el firmamento, su padre es la tierra, en las alas de la tormenta ella puede descender de su hogar en los cielos y asumir una apariencia mortal. Puede tentar a otros al amor, pero ella misma no puede enamorarse nunca o se hundirá profundamente en la tierra, sepultada para siempre. Fiametta explica su situación en pantomima; para aquellos que entienden el lenguaje del ballet sus acciones son extremadamente inteligibles. Oscar está sumido en un gran dolor. *Pas de Désespoir*, por supuesto. Fiametta comienza a sentir su corazón temblar. *Pas d'Alarme*. Ella huye de Oscar. Él la persigue. Ella desaparece por una trampa (técnicamente llamada *vampire*). Hay otros episodios en el entretenimiento sobre los cuales no es necesario detenerse. Finalmente, Fiametta es testigo de la devoción de Bianca, quien, abandonada por Oscar, todavía lo ama. Ella está impresionada por el hecho de que este amor es más grande que su amor. Ella le devuelve Oscar a Bianca. ¡Entonces descubre que ha amado, que todavía ama, a un mortal! ¡Sin embargo, ella pudiera escapar de su horrible destino si consiente en atraer a Oscar a la ruina! Pero ella no puede: se sacrifica para que Oscar pueda ser feliz. Ella desciende bajo la luz de la luna (después de un exquisito *Pas*) desde los cielos a "La cima del Monte Pretroska, entre los picos de las montañas cárpatas"

Tal es el ballet "*L' Aérolithe*". Si el lector es de la opinión de que se parece mucho a algún otro ballet que haya visto, pues debo admitir que ese es el caso, pues la verdad es que nunca he visto todavía un ballet que no se

parezca a muchos otros ballets.

Madame Boisfleury era una de esas bailarinas que se ganan a su público simplemente, como parece, por la firme determinación de ganárselo, por mera fuerza de voluntad. Había una especie de gran desafío en la forma en que saltaba al escenario (después de abrirse camino entre las corifechas, con bastante aspereza por cierto) con los ojos brillando bajo sus espesas cejas negras, las ventanas de la nariz distendidas y los labios rojos apretados y luego, después de algunos increíbles saltos y giros, se detenía de repente sobre las puntas de los pies en el centro del escenario, con la cabeza echada hacia atrás, sus grandes brazos redondos levantados por encima, toda su actitud tan audaz como admirable. Se había reído de la pintura de Blondette, pero parecía que no había dudado en recurrir a artificios similares. Se veía mucho más hermosa que a la luz del día; pero su cuello y hombros masivos estaban abundantemente empolvados, mientras que tenía un fuerte colorete en las mejillas. Sin embargo, el resplandor del gas casi necesitaba esto. Una de las órdenes permanentes de Grimshaw era siempre encender bien el gas cuando se presentaba el *bally*, "Cuidado con eso, ahora, Gassy", le decía a su instalador, "y alúmbralo bien". El estilo de baile de Mademoiselle Boisfleury era de la escuela *fuerte*. Era elegante según la teoría de la bailarina sobre la gracia, pero nunca era tierno; ella era lo suficientemente ágil, pero nunca aérea, a pesar de la parte que le tocó en el ballet romántico. Ella no tenía nada de esa delgadez de las extremidades que a veces hace temblar a los espectadores, no sea que un pie ceda o se distorsione un tobillo. La estructura sustancial de Mademoiselle Boisfleury puso fin efectivamente a todas las ideas de ese tipo. Era como una gran flor en un tallo completamente fuerte. Ella estaba lo suficientemente segura—elegante, intrépida, infatigable, con una sonrisa que no parecía asumida, y una mirada que parecía desafiar al teatro a escatimar sus aplausos. Ciertamente, era una criatura de aspecto imponente con su primer vestido de gasa de color flameado empolvado con estrellas doradas, con sus brazaletes enjorjados y collar (probablemente las piedras no eran preciosas), y algunos adornos brillantes titilando en medio de su pelo negro azabache. En la última escena en que llevaba, por supuesto, muselina blanca, sin decoración de ningún tipo, su cabello caía por su espalda y las mejillas aparecían lavadas, sin *rouge*.

—Es buena para bailar —comentó un caballero robusto, con su abrigo bien abotonado, sentado en la platea, a un amigo con gafas doradas.

—Bueno, sí, lo es —respondió el amigo—; sus *entrechats* son realmente admirables. Ella es una *danseuse* de primera clase de la segunda categoría. Ella no nos satisfaría en París; pero ella lo hace muy bien para ustedes aquí.

—¿Se ha presentado en su Palacio de la Ópera?

—No. Hay razones para que ella no se presente en París.

—¿En verdad? ¡Mossoo! —dijo el inspector—, ¿*nuestro* tipo de razones?

—Digamos que razones políticas, si le parece, mi amigo. Es lo que alegan muchos franceses para excusar su ausencia de su país natal. Algunos gobiernos son demasiado paternales, y como el padre sabio, no escatiman el azote para sus hijos. Tal vez la señorita Stephanie le teme al azote. Verá, amigo mío, he tomado de su *haff-naff* pero sigo siendo del ejecutivo. Sé de lo que hablo.

—¡Es una mujer atractiva! —dijo el inspector, abruptamente—. ¿Cuál crees que sea su edad?

—Ah, bueno, déjeme ver, ella debe estar tan cerca de los treinta como cualquiera otra, digamos veintiocho. Sí, ella es bonita, muy encantadora de verdad, *ma chere*! ¿Qué es esto? La *Tentación*, ¿no? Sí, por supuesto. Ella lo hace muy bien.

—¿Ha estado bailando todos estos años?

—A veces baila, a veces se queda quieta: aparece y reaparece. Hizo su debut muy joven. Estaba en Bruselas, era joven, no podía bailar muy bien.

Un hombre calvo y bien parecido, sentado frente al inspector y su amigo, se dio vuelta de repente ante esto.

—¿Será *monsieur* tan amable de permitirme usar sus anteojos de ópera por un minuto? —preguntó el francés, con voz suave, inclinándose cortésmente.

—En seguida —fue la respuesta. El caballero parecía haber visto a alguien que conocía que ocupaba un palco privado en un nivel bajo. Miró a través del antejo, y aparentemente satisfecho con el asunto, le pasó los anteojos al francés.

—Sí —se dijo para sí George Martin—, es él, estoy seguro. Wilford ha venido aquí para estar seguro de que la señorita Regine es mademoiselle Boisfleury. ¿Quién se puede asombrar de que haga eso, pobre hombre? Cómo permance en el fondo del palco, es una maravilla que lo haya visto. ¡Cómo debe sufrir! ¡Esta mujer su esposa y Violet—! ¿Pueden ser estas cosas?

—Esa pequeña es *Mademoiselle* Blondette, supongo? —el francés le

preguntó a su amigo—. Ella es bonita, solo que ella es rebuscada.

—Sí —dijo el inspector—, ella solía estar en el *Vulture* en City Road, una chica inteligente, pero debería escuchar a su padre hablar de ella, escuchar el carácter que le da. Un hombre muy respetable de apellido Simcox, mantiene una tienda de pasteles en Hoxton. La pequeña Sally Simcox, su hija, solía bailar la Danza de las Espadas [escocesa] y cosas así, en la taberna Alexandria cerca de Shoreditch. Ahora se hace llamar Blondette, corta con su familia y no quiere oír hablar del apellido Simcox: tiene cochero y un par [de caballos]. ¡Así es la vida!

—Ah, verdad —comentó el francés, filosóficamente—, es maravilloso la fortuna que hacen los bailarines de ballet.

Alguien que entraba con gran prisa casi pone un pie sobre el lustroso sombrero del francés, en el suelo frente a él.

—*Prenez Garde, Monsieur!*

—*Je vous demande pardon, Monsieur* —murmuró el recién llegado.

—¡Ah! *Monsieur Alexis*, ¿es usted, entonces?

—¡Ah! *Monsieur...*

—Chose. *S'il vous plait, Monsieur Chose*".

Entonces, repentinamente, el señor Chose abandonó el tono de broma en el que había estado hablando y susurró ferozmente al oído de Monsieur Alexis:

—¿Cómo se atreve a venir aquí, señor? Váyase, ¿qué hace aquí? Váyase de inmediato.

—Me voy, señor —dijo el chico, con voz asustada, y se apresuró a salir. Luego fue visto en los palcos superiores del teatro, aplaudiendo vigorosamente la actuación, y especialmente el baile de Mademoiselle Blondette.

—¿Quién es? —preguntó el inglés.

—¿No lo conoce? ¡Ah! Entonces, pronto lo hará. *Petit diable*; es un joven de gran promesa.

—Parece solo un chico.

—Sin embargo, no está lejos de los veinte. Es un mestizo. Si se cuida, existe la posibilidad de que pueda combinar la destreza del parisino con la

brutalidad del ladrón londinense. En este momento es un poco demasiado aficionado al placer para que tenga éxito; pero con el tiempo puede superarlo, es joven, hay esperanza para él. Él es listo, no tiene corazón, vendería a su madre por un *chasse de Marasquin*; su hermana por un paquete de cigarrillos, su padre—, bueno, él lo vendió—, le debemos las gracias por eso, por mil doscientos francos: y el padre Dominique ahora está en las galeras como consecuencia natural. Pero Madame *sa mere* no sabe de la transacción: es un poder que tengo sobre su hijo.

—¿Y la hermana?

—La hermana es la señorita Stephanie bailando ahora para nuestro placer.

—¿Y ella es ...?

—Ah! Monsieur Inspector, me interroga, ¿no es así? Francia, a través de su ejecutivo, está interesada en Mademoiselle Boisfleury y su familia. Son emigrados. Francia puede desear que regresen a su seno. Es una gran nación; tiene momentos de clemencia, tiene momentos de crueldad. Puede perdonar a la familia por la belleza y el talento de la hija, o puede encerrar a todo el grupo. No digo qué camino seguirá. No es para nosotros, *cher ami*, decidir este tipo de preguntas. No somos más que miembros del ejecutivo, policías, como dicen los demás. *¿Eh, bien?* Amanecerá y veremos, y actuemos cuando alguien susurre en nuestros oídos lo que debemos hacer. En cuanto a Stephanie...

—¡Silencio! No hable tan alto. Debo irme: veo a mi caballero de Liverpool en un palco privado, con una dama, hola, su hermana, muy probablemente, adiós. Debo subir las escaleras hasta la puerta del palco.  
— y el valiente inspector se retiró.

—¿He tomado demasiado *haff-naff*, hablo demasiado? —El señor Chose se preguntó a sí mismo.

El calvo y apuesto caballero del frente le tendió cortésmente sus anteojos de ópera al francés.

Poco después, con un puente de pequeñas cortesías, el señor Martin y el señor Chose pasaron gradualmente a la conversación. Monsieur Chose evidentemente estaba de un humor comunicativo. Martin siempre era un buen oyente; se distinguió especialmente en esta guisa en la presente ocasión. Quizás tuvo, o pensó que tenía, un objetivo a la vista al hacer esto.

—El ballet en Inglaterra —dijo el francés con aire majestuoso—, es una [planta] exótica que nunca ha echado raíces profundas, que moriría si no fuera por el mucho cuidado y por lo que ustedes llaman forzar. En Francia

es una producción natural, y florece siempre. Londres trata de que le guste, de adquirir el gusto por el ballet. París lo ama por instinto. Es el sueño de los ingleses tener los gustos, las percepciones de los franceses. Señor, créame, no es posible. Intentan que les guste el claret, se lo tragan con una mueca irónica, no les agrada, en realidad, ¿por qué deberían pretender que sí? Que Inglaterra se quede con sus producciones nativas, con su vino de Oporto, su vino de Jerez, su cerveza, su *haff-naff*, que es excelente, lo sé, que se adapta bien a este clima opaco y brumoso. Que no intente imitar los placeres de los franceses. Para ustedes la pantomima de Navidad; para nosotros, el ballet —*pensif*— poético, sublime! Somos una nación de sentimientos; amamos siempre el llamado a nuestros corazones, a nuestras emociones. Silbaríamos este ballet en París. Está bien, pero no es lo suficientemente bueno. Los *nuances* no se preservan; el *ensemble* no está cuidado. El todo es sin *esprit*. La señorita Boisfleury es encantadora; Mademoiselle Blondette es *ravissante*, ipero en cuanto a los demás! Monsieur, para ver un ballet de primera calidad, debe verlo en París y en ninguna otra parte, así como para comer fresas a la perfección, debe arrancarlas de la planta.

—Monsieur —dijo Martin, inclinándose—, he tenido estas opiniones durante mucho tiempo, pero nunca he sido capaz de expresarlas tan bien. Sus comentarios son profundos; más aún, son filosóficos.

—¡Monsieur! —exclamó el francés, con el rostro radiante de alegría mientras inclinaba la cabeza una y otra vez—, usted me hace un honor extremo. Pero se le ha dado al intelecto de Francia el ser no menos apreciativo y judicial que competente al ejercer esos atributos en beneficio del universo!

Monsieur Chose hablaba con un aire de entusiasmo y profunda convicción: sus gestos eran extremadamente animados, y se levantó de su asiento. Hubo gritos en la platea detrás de él de "¡A *sentarse ahí al frente!*"

—Me dejé llevar —dijo, con un aire de mayor tranquilidad—, déjenme recordar mi situación. Ah, ahora nos encontramos en la gran escena de ' *L'Aérolithe*'.

Un rugido de aplausos fue el reconocimiento del triunfo de Blister con la imagen de la "Cumbre del Monte Pretroska a la luz de la luna, en medio de los Picos de las Montañas de los Cárpatos", la última escena del ballet. (Puede decirse además que Blister nunca en su vida había estado más lejos de Londres que Blackwall, pero por otro lado nunca proclamó hacer representaciones fieles de paisajes particulares, y, de hecho, sostuvo que *vraisemblance* no tenía nada que ver con pintar escenas, tal vez porque pensó que si hacía que el fondo fuera demasiado natural, interferiría demasiado con los actores que debían ser las figuras en primera plana, y quiénes, debe decirse, en general estaban tan lejos de la verdad en la

delineación como lo estaba Blister.)

Monsieur Chose fue tan ruidoso en su aplauso a lo largo de toda la escena, aunque su aprobación siempre era dada con un gran aire de conciencia de su superioridad y condescendencia. Sin embargo, su repetido "¡Bravo! ¡Bravo!" Poseía un tono de éxtasis lánguido que llevó a todos sus vecinos a un estado de ánimo similar, y los indujo a aplaudir también. Era como si sus manifestaciones de placer le fueran arrancadas, a pesar de los obstáculos que presentaban una indolencia constitucional y una indiferencia aristocrática, y por lo tanto, eran tanto más preciosas. Y la escena era digna de aplauso. Cuando la *danseuse* prima se elevó en el aire, descendiendo gradualmente, una fuerte luz focal se derramó sobre ella, tan fuerte que el cable que la sostenía apenas era visible desde la platea, mientras que no se podía rastrear en absoluto desde los palcos, excepto aquí y allá cuando captaba la luz, el efecto era casi poético; Monsieur Chose dijo que estaba bastante bien.

Las características inevitablemente absurdas del traje de ballet estaban casi perdidas. Había una especie de nube de gasa envolviendo a Stephanie; su larga cabellera negra flotaba detrás de ella; sus manos estaban cruzadas sobre su pecho; sus espléndidos ojos estaban vueltos hacia arriba. Se veía muy hermosa, bella, mientras que era parte del efecto hacer que la luz, casi cegadora en su intensidad, pareciera emanar de ella, hasta que parecía colgar brillando en el aire como una joya personificada. George Martin no pudo evitar rivalizar con el francés al aplaudir la escena. Echó un vistazo al palco de Wilford para ver si todavía estaba presente, pero no pudo descubrirlo, posiblemente porque la parte de la audiencia del teatro estaba oscurecida para realzar la escena de la luz de la luna. De repente, hubo una pausa en los aplausos, un murmullo, un grito ahogado. La señorita Boisfleury debía descender a la cumbre del monte Pretroska, era cierto, pero seguramente no con tanta rapidez. ¿Fue accidental? ¿Fue intencional? Algunos continuaron aplaudiendo, no, aplaudieron más violentamente en su pesar por lo que parecía una apatía creciente en la sala. Hubo exclamaciones para Mademoiselle Boisfleury, luego gritos de "¡Bravo!" "¡Orden!" "¡Qué vergüenza!" "¡Grimshaw!" "¡Siéntense!" "¡Stephanie!" etc.

—Hay algo mal, sin duda —le susurró Martin al francés.

—Sí, la cuerda debe haberse roto, sabía que pasaría.

Martin se volvió hacia él rápidamente, mirándolo inquisitivamente.

—Perdón, Monsieur —respondió a la mirada el francés, inclinándose y sonriendo—. Halaga mi inteligencia. No sabía que la sogá se rompería esta noche. —Añadiendo, para sí mismo, "*Enfin*, entonces, heme aquí presente

cuando el accidente ocurrió."

La convicción de que algo malo ocurría creció en la sala. La cosa era evidente en las miradas de M. Anatole, que había renunciado a su actitud de ballet, y ahora se permitía poses naturales, aunque no graciosas. Estaba girando de un lado a otro recibiendo instrucciones de la gente a los lados sobre lo que debería hacer a continuación. Mademoiselle Blondette claramente temblando de miedo, sostenía con fuerza el brazo de Anatole con ambas manos, le hablaba y lo miraba con expresión suplicante: el apuntador. Era bastante cierto que había algo mal. Un fuerte grito se elevó en la parte superior de la sala. Desde ese punto de vista, muchos espectadores podían percibir la figura de Mademoiselle Boisfleury. Debió haberse estrellado contra el paisaje en su descenso, la cuerda probablemente se rompió, y luego se había precipitado al escenario. Ella estaba tendida, medio oculta por una pieza de la escena, en la parte posterior del escenario. En momentos de silencio se podía escuchar un gemido bajo saliendo del lugar; ya no era la *danseuse* prima de los teatros continentales; sencillamente era una pobre mujer en un montón de muselina arrugada y sucia, la víctima de un accidente, gravemente herida. La luz de enfoque se había retirado, el escenario estaba muy oscuro; todavía esto se podía percibir; luego, una pequeña multitud de carpinteros, cambiaformas y bailarinas, hombres y mujeres, se apresuraron a subir al escenario, y el telón bajó, no con la lenta regularidad de su descenso habitual, sino en un abrupto tumulto. Todo esto toma algunas líneas para contarse, pero poco más de dos minutos intervinieron entre el accidente y la caída de la cortina.

El público se miraba unos a otros. El entretenimiento de la noche había terminado, ¿pero podrían irse de esta manera? Algunos se apresuraron a salir en seguida, es cierto, con caras blancas y deprimidas, pero el resto se quedó, hablando con seriedad en grupos; hombres hasta ahora desconocidos, que se habían estado sin hablarse uno al lado del otro, ahora estaban discutiendo el accidente como si acabaran de descubrir que eran realmente íntimos de larga cuenta. Algunos se pararon en los asientos, había una disposición a ulular y a gemir. Algunas personas obstinadas y obtusas todavía persistían en aplaudir. Por fin hubo un grito tolerablemente unánime de "¡Grimshaw!" Que se fortaleció a medida que avanzaba y crecía enfureciéndose más y más.

Un caballero bien vestido, sosteniendo en su mano un sombrero muy lustroso (se dice que en el T. R., Long Acre se mantiene siempre listo un sombrero lustroso en los flancos para aquellos que dan disculpas, o son llamados a recibir aplausos), Tanker, el director de escena, apareció delante de la cortina. Su mirada era digna y seria, su actitud irreprochablemente educada. Estaba expresamente comprometido para disculparse, de lo cual el mismo Grimshaw era completamente incapaz, aunque le gustaba ir de vez en cuando en una especie de *bonhomie* ruda, para mostrarse, recibir aplausos, sonreír y saludar al público. Hubo un

silencio inmediato para Tacker. Sostuvo su sombrero con gracia en su mano izquierda; por supuesto, su derecha estaba presionando sobre su corazón. Miró hacia arriba y hacia abajo, a derecha e izquierda, para incluir a toda la audiencia.

"Señoras y señores. Lamento informarles que un accidente, no, como se cree de una naturaleza seria ..." (¡ah! ¡Oh! Desde la parte posterior del *pit*. Tacker la miró ferozmente en ese punto, y fue aplaudido en voz alta por la platea). "No", repitió severamente, "se cree que sea de una naturaleza seria, lo que le ha sucedido a mademoiselle Boisfleury. La dirección tiene que solicitar, por lo tanto, en estas circunstancias, la indulgencia que un público británico nunca ha dudado en dar. Se solicita a la audiencia que permita que el espectáculo llegue a su término de inmediato. Se investigará exhaustivamente la causa del accidente y se tomarán medidas contra su repetición. En cualquier caso, la dirección tiene el placer de anunciar que el nuevo ballet se presentará mañana y todas las noches hasta nuevo aviso".

¿Qué podría hacer la sala sino aplaudir a Tacker e irse a casa?

—¡Hist! —le dijo el francés a Martin—. Démonos la vuelta y hagamos averiguaciones. Lo arreglaré.

Martin miró el palco de Wilford. Estaba vacío. Acompañó al señor Chose.

—Bueno, que suerte la mía —dijo un caballero robusto, que se abrió paso a codazos fuera de platea—. Vengo aquí para abstraerme y recrearme, bajo la presión de una gran calamidad en casa. ¿Qué sucede? Se rompe una cuerda, o algo sale mal, y una mujer se rompe el cuello, no me digan que no se ha roto el cuello, puedo jurarlo, y una mujer bella, también, en muy buen forma y conservación, un Murillo muy respetable o al menos, un excelente ejemplo de la escuela de Murillo. ¡Pobrecilla! Estoy seguro de que lo siento mucho por ella. Vine aquí por diversión, y esto es lo que obtengo.

Era, por supuesto, el Sr. Isaac Phillimore, negociante en cuadros de Freer Street, Soho.

Un hombre mal vestido estaba con él. Un hombre sin cuello de camisa, nariz roja, sombrero roto (con crespón) y ojos muy llorosos. Sus labios tenían un movimiento trémulo sobre ellos, como si siempre estuvieran hablando.

—¿Qué es lo que estás diciendo, Loafe? —preguntó el Sr. Phillimore—. Mi pobre amigo. Te has puesto a murmurar de esa manera, no se escucha una palabra de lo que dices.

El Sr. Loafe le susurró al oído del Sr. Phillimore.

—¡O, bueno! —dijo el Sr. Phillimore—, si te quieres ir, pues, por supuesto, te debes ir, y aquí está la media corona que pides, debería pagarla por tu cena, así que la puedes tener.

—Le devolveré el dinero —dijo el Sr. Loafe, con jadeante sinceridad—. Por mi alma, que le devuelvo el dinero. Obtendré doce [chelines] y seis peniques, si tengo suerte. No vi a nadie hacerlo, y me atrevo a decir que puedo plantar un párrafo en dos o tres de los periodicos de la mañana. Solo debo ir y obtener detalles, y hacerlo de una vez. Y el Sr. Loafe desapareció.

—Bueno, estoy seguro de que nunca vi a un hombre que parecía más como si quisiera doce [ch.] y seis peniques. ¡Supongo que esto le viene de ser un hombre literario! ¡Por lo visto Loafe debe ser un mero patán borracho por Ostade! Luego, agregó—: Bueno, mi recreación ha terminado, y regreso a mi triste hogar como un hombre más miserable del que salió de ella. Supongo que eso viene de ser un comerciante en pinturas y un apreciador de las Bellas Artes. Un momento. No me iré a casa todavía. Voy a probar una ostra endiablada. Quizás eso me levante el ánimo.

El párrafo del Sr. Loafe era como sigue:

"Serio accidente en el Teatro Real, Long Acre.— Sentimos tener que informar que un accidente serio ocurrió en este establecimiento favorito la noche pasada durante la presentación del nuevo y exitoso ballet, " *L'Aérolithe*." Hacia la conclusión de la actuación - como nuestros lectores están probablemente al tanto - una completa descripción ha aparecido recientemente en nuestras columnas, la eminente danseuse, Mademoiselle Stephanie Boisfleury quien da vida al personaje de Fiametta, la *Fille du Firmament* (de donde se deriva el nombre de la obra) requiere que tenga que columpiarse por algún tiempo sobre el escenario suspendida por un alambre, cuya fuerza es por regla general del teatro probada cada mañana, para que no falte precaución alguna para hacer que la hazaña sea comparativamente sin peligro la actriz al final desaparecía de la mirada del público embelesado por una trampilla en la parte posterior del escenario.

Por alguna causa, cuyos detalles desconocemos, y de hecho parece ser un misterio para todos los interesados, a pesar de nuestros incansables esfuerzos para obtener información explícita en la última hora de la tarde pasada en la que fuimos a imprenta, la cuerda se rompió o se desprendió del vestido de Mademoiselle Boisfleury, el accidente nos ha sido explicado en ambas formas, pero su manera exacta no parece ser suficientemente explicada, y ella se precipitó desde una gran altura de unos doce pies o

